



LOS DIABLOS AZULES

Reciente aún la sensación enorme que produjo en la opinión la cruel tragedia y el ruidosísimo proceso del célebre doctor Adalid, pareceme que serán leídas con interés estas páginas, en que el gran neurópata volcó su alma y anotó con precisión clínica el proceso de su drama íntimo en las soledades eternas de su celda de la cárcel.

I

Aunque parezca increíble, ¡he dormido! He dormido sobre mi tragedia, sobre mi crimen, sobre sus cadáveres sangrientos, palpitantes... Y en esta infame celda con pretensiones de cuarto de huéspedes, ¡dormir! ¡Yo! ¡Y en tal hora!

Pero... ¿de qué me asombro?... ¡Resabios románticos! ¿Somos algo más que una bestia que come y duerme, como las otras bestias que no hablan?...

¿Por qué me habrán puesto tintero y cuartillas en esa sórdida mesa, que remeda un escritorio? ¡Adulación carcelaria! ¿Por qué, al despertarme del primer sueño, tras de tantos días de insomnio delirante, me asaltan ímpetus irresistibles de escribir?... Acorralado en esta jaula abyecta que contiene mi locura salvaje, mis raptos de matar, mis ansias de morir, mis bascas agónicas de naufrago moral, busco una puerta por donde huir de mí mismo.

¡No puedo, no, no puedo resistir á este desdoblamiento de mi yo, á esta dualidad imposible de médico-enfermo, de observador-observado, de juez-reo, de cadáver que se disea á sí propio! ¡Horrible deformación profesional! Mi oído de médico ausculta implacable el pulsar de mis arterias, el vibrar de mis nervios y hasta el callado hormiguear de las ideas en el encéfalo y el inapreciable funcionalismo de mi conciencia de enfermo ó de criminal. ¡Tortura horrible! Involuntariamente mido y anoto la altura de mi fiebre vesánica, de esta calentura moral que me aniquila. Siento que en mí la facultad de recordar y la de imaginar se funden en perturbación extraña con la visión normal: es como si me hubiesen enchufado el nervio óptico con la fantasía ó con la conciencia; y veo—¡suplicio indecible!—*veo mis delirios, veo mis remordimientos* como una



LOS DIABLOS AZULES

Reciente aún la sensación enorme que produjo en la opinión la cruel tragedia y el ruidosísimo proceso del célebre doctor Adalid, pareceme que serán leídas con interés estas páginas, en que el gran neurópata volcó su alma y anotó con precisión clínica el proceso de su drama íntimo en las soledades eternas de su celda de la cárcel.

I

Aunque parezca increíble, ¡he dormido! He dormido sobre mi tragedia, sobre mi crimen, sobre sus cadáveres sangrientos, palpitantes... Y en esta infame celda con pretensiones de cuartucho de huéspedes, ¡dormir! ¡Yo! ¡Y en tal hora!

Pero... ¿de qué me asombro?... ¡Resabios románticos! ¿Somos algo más que una bestia que come y duerme, como las otras bestias que no hablan?...

¿Por qué me habrán puesto tintero y cuartillas en esa sórdida mesa, que remeda un escritorio? ¡Adulación carcelaria! ¿Por qué, al despertarme del primer sueño, tras de tantos días de insomnio delirante, me asaltan ímpetus irresistibles de escribir?... Acorralado en esta jaula abyecta que contiene mi locura salvaje, mis raptos de matar,

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES"
ESTADÍSTICA DE LECTOR CON LIBRO PROPIO

TÍTULO DEL LIBRO Biografía Carlos
MARX

NOMBRE DEL LECTOR Dña. Ica. Zamora

ESCUELA O FACULTAD Instituto Hispa-
noamericano - preparatoria

FECHA So Oct-2-78

mis delirios, veo mis remordimientos como una



LOS DIABLOS AZULES

en esta infame celda con pretensiones de cuarto-
cho de huéspedes, ¡dormir! ¡Yo! ¡Y en tal hora!

Pero... ¿de qué me asombro?... ¡Resabios románticos! ¿Somos algo más que una bestia que come y duerme, como las otras bestias que no hablan?...

¿Por qué me habrán puesto tintero y cuartillas en esa sórdida mesa, que remeda un escritorio? ¡Adulación carcelaria! ¿Por qué, al despertarme del primer sueño, tras de tantos días de insomnio delirante, me asaltan ímpetus irresistibles de escribir?... Acorralado en esta jaula abyecta que contiene mi locura salvaje, mis raptos de matar, mis ansias de morir, mis bascas agónicas de naufrago moral, busco una puerta por donde huir de mí mismo.

¡No puedo, no, no puedo resistir á este desdoblamiento de mi yo, á esta dualidad imposible de médico-enfermo, de observador-observado, de juez-reo, de cadáver que se disecca á sí propio! ¡Horrible deformación profesional! Mi oído de médico ausculta implacable el pulsar de mis arterias, el vibrar de mis nervios y hasta el callado hormigear de las ideas en el encéfalo y el inapreciable funcionalismo de mi conciencia de enfermo ó de criminal. ¡Tortura horrible! Involuntariamente mido y anoto la altura de mi fiebre vesánica, de esta calentura moral que me aniquila. Siento que en mí la facultad de recordar y la de imaginar se funden en perturbación extraña con la visión normal: es como si me hubiesen enchufado el nervio óptico con la fantasía ó con la conciencia; y veo—¡suplicio indecible!—*veo mis delirios, veo mis remordimientos* como una

congojosa pesadilla en acción. ¡Tremendo apocalipsis!

No puedo resistir á esta desatada creciente hiperestesia de mi emotividad, á este raudal alternar de conciencia y delirio, de llanto y de furia, que es mi vida desde la hora tremenda de mi crimen... ó de mi desgracia; ¡no sé! Un amasijo informe de días sin sol, de noches sin sueño, de tiempo sin horas, ni amaneceres, ni esperanzas ha caído sobre mí, y me aplasta, me asfixia... ¡y no me mata! Una horrible masa de carne sangrienta, tibia, vaheante, se interpone entre mi vista y el sol de la razón.

No veo ya las realidades, y veo lo invisible: mi mundo interior. Me siento cogido, aplastado entre dos omnipotencias formidables: ¡el amor y la muerte!... ¿Se completan? ¿Se contradicen? ¡No sé, no sé! Un terror insuperable al vacío moral me posee.

La fuerza de mi dolor se proyecta en una forma que no tomó nunca mi cerebración normal; surge en palabras, se eslabona en frases, en párrafos; es como si alguien dictase dentro de mí, con lucidez inconsciente; mi alma se desangra sobre el papel. ¡Oh sarcasmo del albedrío! Yo que execro la literatura y el arte, y tuve siempre el escribir por pasatiempo de neuróticos y desequilibrados, escribo como quien acude á un remedio heroico. Y es que no hallo otra puerta por donde huir de mí, ni otra ventana por donde arrojar el exceso de mí yo desbordado, y por donde mirar allá, al horizonte... Al horizonte... ¿de qué? ¡Interrogación formidable!

Escribo *porque sí*, á pesar mío; pero... ¡no me leáis! Vosotros los que no creéis de la vida sino lo que yo creí siempre, lo que se palpa y se masca de puro real...; ¡no me leáis, porque empiezo á tocar otro vivir más real que éste de afuera! Pero no...; ¡espejismos!, ¡alucinación!... Si yo fuese creyente, confesaría, confesaría derritiéndome en lágrimas de contrición que acaso restablecerían la paz en mi conciencia. Si, sí; es una necesidad imperativa ésta de juzgarnos y de condenarnos ó absolvernos dentro de nosotros. Pero... ¿por qué?, ¿ante *quién*? ¡Oh fantasmas! ¡Si yo fuese escritor, pareceme que crearía algo vividero con sólo dejar desbordarse mi océano interior! Y si fuese yo el sabio que creí ser—¡pedante de mí!—, anotaría sereno las pulsaciones de mis arterias y la curva de mi fiebre mental, las convulsiones y fenómenos terribles de esto que hemos dado en llamar nuestra *psiquis*—¡otra pedantería!— en la suprema tensión de sus espasmos trágicos. Sea como quiera, necesito escribir. Proceso, confesión ó autobiografía, necesito volcarme entero—sangre, médula, vísceras y conciencia—en el papel... ¿Será la confesión válvula salvadora de la conciencia? ¡No sé! Necesito dar salida á estas enormes fuerzas acumuladas en mí, para evitar la explosión formidable, y escribo.

Resabios de método ó vislumbres de juicio me llevan á buscar las raíces de mi desgracia á lo hondo de mi vida; escarbo en mi pasado y se me

UNIVERSIDAD DE MONTERREY
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, N. MEX.

aparece el cuadro entero de mi existencia. Lo veo todo escorzado, sintético, con precisión clínica y en abreviatura de cuadro sinóptico. ¡Maldita deformación profesional, que todo lo reduce á proceso cerrado y á técnica rigurosa! ¡Como si hubiese algo más fugaz y cambiadizo que la técnica científica! Pero... ¡nunca arrancaré de mí el culto á la ciencia que absorbió la savia de mi magnífica juventud! Yo renegaba de todo idealismo y era un idealista vuelto del revés, un poeta de lo antipoético, de lo positivo, *de lo útil*—¿qué será *lo útil*?

.....

II

Mis años de estudiante, las sorpresas de la ciencia, las embriagueces de mi curiosidad febril, morbosa; los primeros terrores, bascas y deslumbramientos en el anfiteatro de San Carlos; los espasmos de la iniciación solemne y pavorosa en los prestigiosos arcanos de la vida y de la muerte; la sed infinita que me quemaba el alma al tocar en las puertas por donde el huésped invisible entra y sale de la vida, misteriosa, indescifrablemente; la comezón punzante, azuzadora, de pasar más allá, más allá siempre, y arrancar el velo á la diosa, y hallar la *soldadura* entre lo

interno y lo externo, el *nexo* de nuestro dualismo milagroso; el punto de intersección entre el encéfalo y la idea; el *arcano de la célula psíquica*; el misterio del advenimiento del alma (de algún modo ha de llamarse el *quid* animador) al ser embrionario; el enigma desconcertante de la muerte...; el enigma evidente é indescifrable de la vida...

Todos eran problemas, misterios, sorpresas, audaces vuelos de águila ó descaecimientos infinitos. Así me enamoré de la ciencia, ¡mi primera querida! Porque enemigas de esas que sorben nuestra savia y nuestro albedrío, y no se sacian de sorber ni nosotros de entregarnos á ellas hasta que les damos la última centella de nuestro fósforo cerebral, sólo tuve dos: la ciencia y *ella*, la causante de todo mi daño. ¿Cuál de las dos fué más mentira?...

De la ciencia hice yo un culto fanático, un dogma cerrado, inquisitorial: ¡todo para ella, nada fuera de ella! Cuanto nó era ciencia, era patraña, rezago, moho secular: la metafísica, la estética toda, las flores, las modas, lo elegante, lo pasional, lo erótico, todo esto lo clasificaba yo en dos grupos: *hojarasca*, *roña*, y lo etiquetaba *oficialmente* con lacónico rótulo: *romanticismo*, palabra que para mí expresaba inutilidad morbosa, atraso, degeneración, forraje que había que barrer, mugre que había que raer con espátulas candentes de la vieja haz del planeta.

La concepción de la vida para mí era un fanatismo científico, un paraíso higiénico, un mun-

do de asepsia y de intelectualidad *positiva*, donde no quedase un microbio, ni un libraco viejo, ni un clerizonte, ni un erudito, ni un poeta. Un mundo nuevo, relimpio, oliendo á barniz, á naftalina y á fénico; ni flores, ni perfumes, ni teatros, ni cafés, ni bibliotecas rancias, ni museos mohosos, ni iglesias lóbregas, ni conventos, ni cuarteles, ni hospitales fétidos, ni cementerios infestadores: todo pabellones aislados, arquitectura aséptica, hierro, cristal, porcelana, azulejos, casas de salud y escuelas abiertas al sol y al progreso; crematorios para los cadáveres, aire y luz para los vivos...

Había que demoler mucho y que crear otro tanto. Yo me pasaba las noches amontonando mentalmente leña arqueológica y combustible bibliográfico en toda plaza pública: arcones entallados, retablos, sillerías de coro, sitiales frailunos, bargueños, credencias, tapices..., refugio de pollilla, pasto de carcoma, criadero de microbios, leña y trapería histórica..., ¡roña, roña!, ¡á la hoguera purificante! ¡Era el 93 de los microbios y el sábado del mundo viejo! ¡Fuera bichos, telarañas, herrumbre y mohol! ¡Se acabaron los romanticismos, los amoríos á la luna, los lloriqueos en iglesias penumbrosas y reumáticas! ¡El mundo no tenía tiempo que perder en ñoñeces sensibleras ni en fantasmagorías cursis! La vida es para los fuertes, para los robustos de salud y de cerebro: *mens sana*... La compasión es una flaqueza; los viejos, lisiados é incurables, una impedimenta en la marcha triunfal hacia el progreso: yo com-

prendía una Esparta de la ciencia; el débil, el enfermo, el mal constituido, el decrepito, ¿para qué han de vivir?... La caridad es otra rémora... En aquel credo de ciencia y de higiene me propuse moldearme yo y moldear mi vida entera. Y ahora observo que ni me sospechaba yo de pedante al operar en la humanidad lo que yo llamaba la *psicotomía*, la extirpación del alma, de la vieja alma metafísica que creía en Dios y en el amor y sacrificaba á la *inútil* estética.

Un día, en su clase de Histología, el célebre Doctor Vida, en quien todos reverenciábamos al pontífice del escepticismo, tuvo una extraña salida. Habló, como él solo sabía, del funcionalismo cerebral, de la *célula psíquica*, de sus misterios y de las hipótesis audaces de algunos sabios acerca de este apasionante enigma del nexo psicofísico; y de pronto, alumbrada su cara angulosa por la sonrisilla volteriana que corría por sus arrugas cartilaginosas como fluido saltarín, fosforescente, inquietador, largó esta desconcertante *boutade*:

—Y ahora, amigos míos, queridos chiquillos disfrazados con la librea pedantesca de la ciencia, no olvidéis esta observación paternal de médico viejo; no la anotéis en los *apuntes* de clase; guardadla en lo más hondo de vosotros, porque es la mejor experiencia que han hecho mis ojos, gastados en la tenaz observación de este enrevesado mecanismo que piensa y ama: *amén*

de todas esas complicaciones de la estructura, de la substancia blanca y gris, de la textura y de las variedades topográficas de la corteza cerebral y de todo el plan estructural del cerebro que os he enumerado; en esa especie de aparato telefónico-cinematográfico que llevamos bajo la bóveda craneana, he observado yo por mí mismo la existencia de una celdilla más entre las muchas ya exploradas y roturadas de la materia gris; en esa celdilla que se halla en lugar conspicuo de los centros nerviosos, cercano de las terminaciones nervioso-sensitivas, debía, por necesidad, de alojarse importante huésped de ese falansterio psíquico-intelectual. Y, en efecto... (aquí contuvimos todos la respiración, pendientes de la palabra del gran neurópata), en efecto—repitió, apoyándose en la frase—; en esa celdilla se alojan—¡doy fe!—unos *bacillus* inéditos inaprehensibles é inextirpables, que yo ahora—por primera vez en público—denomino *los diablos azules* (un murmullo sedicioso recorrió la clase).

»*Los diablos azules*—prosignió imperturbable el Doctor Vida—son los mayores enemigos de la ciencia austera y de la paz de los hombres; son los microbios del idealismo, del misticismo, de la pasión, del arte, de la fantasía; su celdilla, señalada por mí en la geografía craneana, es el manicomio del cerebro. Allí están vuestros más peligrosos enemigos; combatidlos, vencedlos, si podéis... Pero en verdad os digo que no hay hombre nacido de mujer que, pronto ó tarde, no

padezca el asalto, la obsesión, el despótico dominio de *los diablos azules*...

La sedición rugía por los bancos del aula; la figura del gran neurópata menguaba en nuestra admiración; pero el Doctor, indiferente á nuestras impresiones, con la voz quebrada, con los párpados enrojecidos, acabó:

—Y ¡ay del que no conoció nunca á *los diablos azules*!... Son los microbios de la dicha, los productores del ensueño..., ¡la sola felicidad humana! ¡Creedme, creedme!...

La voz del sabio se rompió en un estremecimiento senil; el insigne neurópata chocheaba. La rechifla fué monumental: aquello era la apostasia de todo su credo científico...

¡Ay, qué amargas experiencias me han hecho padecer la dictadura de *los diablos azules*!

III

Reanudo. Decía que moldeé mi vida—ó me propuse moldearla—en aquel credo de asepsia física y moral que era mi dogma científico. Para realizarlo, acabada con honra y hasta con banquetes compañeriles y bombos periodísticos, mi carrera oficial, y asegurada mi posición, primero como ayudante del mismo célebre Doctor Vida (el de *los diablos azules*), y á su muerte como

sucesor suyo, resolví casarme, y me casé exacta y fielmente según mi dogma.

Busqué una hembra mansa, insignificante como carácter y mentalidad; robusta, sana, bien constituida para la maternidad; una hembra dócil que me diera hijos y me cuidara la casa y la ropa, sin obstruir con su vida la mía, ni proyectar sombra de personalidad sobre el nimbo de luz en que debía recortarse imponente y sola mi personalidad augusta: así amañé egoístamente el endiosamiento de mi *Yo* omnipotente de sabio y la soledad afectiva de mi existencia.

¿Qué necesidad tenía yo de compañía en las altas cimas escuetas de mi divinidad científica? ¿Hay algo más áridamente egoísta que los escultores de su propia estatua? A su cumbre gélida y abrupta no trepa la vida fecunda y expansiva; la animal no respira en aquel ambiente de congelación; la vegetal desmaya aterida á muchos metros más abajo; el agua sonante detiénese helada; apenas si algunos líquenes pétreos se encaraman agarrándose á las rocas del pedestal del semidiós. ¡Qué frío allá en las cumbres estériles! Yo entonces no lo sentía. ¡Se abarca desde ellas tanto horizonte!

Mi personalidad, desde la cúspide, se expandía á lo infinito; yo no vivía conmigo ni para mí: vivía del anhelo de sumarme á toda grandeza para crecer indefinidamente. Primero vivía de mi curiosidad insaciable, de mi ansia de develar todo misterio, de sorprender secretos augustos de la Naturaleza, de ensanchar los dominios de la vida

y achicar los de la muerte. Mi geografía era toda científica: un mapamundi á dos colores, indigo y negro, luz y sombras, saber ó ignorancia. Alemania, Inglaterra y parte de América estaban en plena luz; Francia casi en luz plena; sobre las demás naciones caían chorros, oleadas luminosas; sólo España (cuando tracé mi mapa) quedaba en plena sombra; después no; una claridad auroral rasgaba la noche, un hombre surgía y se agrandaba sobre las genesiacas tinieblas. Aquel hombre fué primero mi dios; después mi pesadilla, el obstáculo que obstruía todos los caminos á mi ambición. Desde entonces mi sed devoradora no fué sólo *saber*, sino *crecer* aislado en mi cumbre, *ser*, competir con el sabio único, derrotarle, sustituirle... ¿Por qué no? Sentí que mis fuerzas se doblaban, que se iniciaba en mí una vida nueva. La lucha comenzó dura, á brazo partido. Mi diosa Ciencia perdió su hieratismo augusto, deshiciéronse los pliegues estatuarios de la túnica, vacilaba en su frente el nimbo de estrellas... Yo ya no luchaba sólo por el ideal desinteresado, místico; luchaba por mí, por mi nombre; pero aún no era la lucha sólo personal, ni sólo interesada: aún era la diosa el objeto de mi culto religioso.

* * *

Entretanto, mi mujer me dió un hijo. Aquel suceso naturalísimo, previsto, descontado, no era sino un número en el programa de vida que

me tracé rigurosamente: un hijo para mí era un colaborador futuro, un continuador de mi obra; acaso el que la terminase y recogiera el fruto de ella. Sin embargo..., al dar el primer beso á mi hijo, mi impasibilidad augusta se alteró ante el orto prestigioso de aquel ser de mi ser, de aquel muñequito de carne en quien prendía una llama celeste, una luz venida de lo ignoto y de mí mismo, de lo mejor de mí mismo, de mi propia alma, que se desdoblaba y repartía, sintiéndose animar en dos cuerpos. Ante aquel misterio de amor, tantas veces presenciado con profesional indiferencia respecto á los extraños, una no probada sensación, una tenue luz nueva despuntó en mí...

Por primera vez, con la aguzada percepción dolorosa del médico que analiza sus más sutiles sensaciones, sorprendí á lo hondo de mí mismo un chispazo sensorial ó... suprasensible; ¿qué sé yo? Una centellita que saltaba del mundo físico á un limbo invisible, á un abismo azul como de océano y cielo fundidos, en que nadaba esta bolita cósmica de nuestro mundo: la bolita, que antes era mi universo, se achicó á mis ojos en aquella hora solemne, y la centellita celeste que temblaba en los ojos del recién nacido, alumbró para mí con luz de prodigio el ignoto océano cerúleo en que nadaban los soles, y algo insólito rebulló en mi cerebro—justamente allí hacia el lugar en que el viejo Doctor creyó descubrir la celdilla prestigiosa—; por primera vez en mis oídos sonó una música como de arpas de oro, y

sobre un fondo de topacio fluido pasaron, arrastrando vestes aurorales y alzando espumas de nácar y polvaredas de iris por las ondas etéreas, unos niños alados, como amasados con pétalos de rosa y rayos de sol... «¡Bah!—pensé—; reminiscencias de mis visitas á los museos extranjeros; los angelitos del fraile de Fiésolo. ¡Estoy hecho un cursi!»

Pero en mis ojos temblaba una lágrima, y las visiones y los enternecimientos se repetían, menudeaban.. Entonces recordé sin ironía la chifadura del gran neurópata: ¡cualquiera hubiera dicho que por primera vez me asaltaban *los diablos azules!*

Al paso que el muñeco crecía y apuntaban en él las gracias celestiales de la infancia, la centellita saltaba con más frecuencia del fondo de mi yo al ignoto azul prestigioso. El chiquillo me ataba á una vida nueva; poco á poco mi afectividad despertaba y se asia á aquel pedacito de carne luminosa dentro del cual me sonreía vagamente el crepúsculo de un alma.

Clara también—no sé si dije que mi mujer se llamaba Clara—embellecíase y resplandecía á la luz de la maternidad; pero... ¡era tan vulgar, tan estólida, tan negativa á toda seducción—aun la más lícita—, que nunca pude ver en ella sino á la hembra y al ama de llaves! En realidad, lo que en ella busqué,

Sin embargo, Clara, aunque colmada por mí de dádivas materiales, de bienestar y de cuidados higiénicos, sobre todo desde que se anunció

su maternidad; aunque absorbida por el amor de su hijo, consagrada á cuidarle—á su manera—y extática en su contemplación, no era dichosa. ¡Qué le faltaba! Sin duda *los diablos azules* se soltaban también en su cerebro.

Pronto me convencí de que aquella hembra mansa, aquella vaca lechera—que tan bien lactaba á su ternerillo—padecía también del *morbo romántico* de que tanto nos reíamos en la escuela. Y fué lo triste y lo cómico que era yo mismo el causante de sus nostalgias neuróticas. ¡Pobre mujer! Sin duda llevaba dentro también su parte de levadura romántica—¡triste herencia la que nos dejó la generación melenuda!—; por lo visto había leído versucos ó novelones amatorios y personificó en mí al galán de sus ensueños.—¡Aviada estás!—Así pensé yo entonces; y, con esa bárbara crueldad que sugiere á los egoístas el amor que inspiran á los que les son indiferentes, dedíqueme—¡no sé si con fruición!—á exacerbar el martirio de la pobre hembra desamada.—¡Qué se creyó ella! ¡Harto la honré y la elevé con darle mi nombre y hacerla dueña de mi casa! ¿Qué había de común entre ella y yo? ¿A qué aspiraba? ¿Qué encantos ni qué atracciones supo ejercer sobre mí? Y aunque yo la hubiera dado la mitad de mi alma, ¿qué haría de ella aquella bestia? Aunque ella me diese toda su alma, ¿qué haría yo de aquel crepúsculo intelectual? ¿A qué porción de mi inteligencia ó de mi afectividad se asociaría aquel espíritu muerto, inculto, vacío? Clara no era siquiera el diamante en bruto, la

inteligencia por labrar: era la negación de toda intelectualidad; la hembra plebeya de atavismo grosero, donde no había primera materia de cultura; ni percepción rápida, ni siquiera esa ductilidad femenina que maravillosamente se aclimata y naturaliza en todas las zonas sociales. No; Clara era la sana bestia que yo busqué para hembra impersonal del sabio. Nuestro divorcio moral era absoluto, irremediable.

Sin embargo, á veces el decoro social hacíame obligarla á llenar dignamente el papel oficial de esposa de un hombre de posición, cada vez más alta y conspicua. La infeliz—ahora lo reconozco—se torturaba, se excedía á sí misma en el doloroso y risible esfuerzo por parecer lo que no era, y no lograba sino poner más en evidencia su burda hilaza y su estultez incurable. En las varias ocasiones en que me vi forzado á corresponder á finezas de colegas extranjeros obsequiándolos en mi casa y mesa, á pesar de prevenirlo yo todo minuciosamente, desde el *menú* de la comida, el servicio del comedor, la *toilette* de mi mujer y aun las palabras de cortesía que ésta había de repetir como un autómatas al ilustre huésped, incurrió Clara en tales omisiones, cometió tales torpezas, desaciertos y ordinariíces, mostró tan irremediable y cruelmente la grosera urdimbre de su condición y su total ausencia de cultura y de sentido común, me puso tan en pleno y bochornoso ridículo, que corrido, avergonzado yo, resolví no presentarla jamás ante las gentes y considerarme viudo ó soltero, tan

solo, en fin, para la vida social, como lo estaba para la intelectual, y lo iba estando, cada día más, para la afectiva, ya que con aquella hermosa bestia todo consorcio que no fuera puramente físico era imposible, y el consorcio ó el contubernio de un sabio con un animal hembra no podía durar siempre. Clara no llegaba á ser *femenina*, era hembra solamente; no tenía en nada ni para nada el secreto encanto, la gracia de actitudes, la versatilidad deliciosa, las astucias, engaños y picardigüelas veniales y hechiceras del pájaro y del niño, el infantilismo, la fragilidad, la elasticidad felina, la morbidez aterciopelada que, por contraposición, nos atraen y seducen en las mujeres. En suma, ni se amalgamaba, ni se combinaba en modo alguno con un hombre como yo.

En los días de la lactancia de Luisín, á quien amamantaba su madre (¡eso sí, como una vaca suiza!), se consumó el total divorcio; las malas noches que daba el crío no eran compatibles con mi vida intelectual, ni menos con el engranaje cronométrico de mis tiránicos deberes profesionales, é instalé mi dormitorio junto á mi gabinete de consultas.

Desde entonces Clara vino á ser en mi casa, el ama primero, y después la niñera ó la criada de Luisín (aya no podía serlo). Y desde entonces — ahora lo advierto — comenzó el descaecer y el desmedrarse de aquella opulenta fisiología, como si un microbio ignoto royese, una por una, las fibras de su lozano organismo.

IV

Poco después—ya andaba mi Luisín con su vacilante andar de patito implume—sobrevino *ella*. *Ella* significa una vida nueva, ó una muerte nueva para mí; *ella* es mi *Paraiso* y mi *Infierno*, mi *Transfiguración* y mi *Calvario*, mi martirio, mi locura, mi tragedia... *Ella* era la seducción, la perfidia en carne de ángel; la traición con risa de niño, con ojos de santa, con majestades de reina, con ametalada voz de querubín enamorado. ¡Ella!... Aun á través del infierno en que me ha hundido, resplandece, me inflama, me transfigura, me incendia como se incendian los cielos al levantarse el sol; y... llegaría á prosternarme á sus pies de sombra y de aparición, si aquellos pies de viviente rosa no se encharcaban en la sangre del inocente... ¡Horror de horrores!... ¡Y aún la quiero, aún la adoro como un loco! ¡Aún me absorbe, *me posee!* ¡Sí, eso es; me *posee!* Aquí, si yo no fuese hombre antes que médico, anotaría el bárbaro desorden de mi funcionalismo cerebral, los alarmantes trastornos circulatorios, la angustia cardíaca, el martillar de las arterias, la marejada gástrica, el sudor sofocante, las alucinaciones, los espasmos... Y el vértigo del vacío moral, la sensación de una

caída trágica, sin término, á lo hondo de la nada perdurable, de la noche sin amanecer, hiela la medula de mis huesos...

No quiero analizar; respondo á una imposición: me sumerjo en mi conciencia, y extraigo los jirones sangrientos de mi vida y la revivo, y me haré de paladear el absinto venenoso de mi pasión: recuerdo, lloro, confieso.

Si; era allá por entonces cuando mis días caían en una sima gris colmada de humareda cenicienta; cuando mi vida—pasado, presente, porvenir—, nadaba en aquella inmensa nebulosa, fondo velazqueño en que se recortaba mi gran figura de sabio, pisando en vago, sin poner el pie en la tierra, flotando sobre un vacío incolmable, sobre la marea desesperantemente blanda, incolora, algodónácea del hastío infinito, cuando aquel fatigante limbo de tiempo, sin horas y sin fechas, cortóse de improviso como por el hachazo cegador de un relámpago...

Una noche mi compañero Aldama—el médico sociable—llevóme, no sé bien á cuento de qué, debió de ser para darse tono exhibiéndome como á celebridad naciente, ó cosa así—estos detalles escapan á mi memoria—, á uno de los famosos banquetes con que el opulento representante de cierta gran República americana «obsequiaba á sus amigos»—léase todo el Madrid *invi-table* de entonces.

Aquí el haz luminoso de mi memoria cae con

fulgor torrencial sobre un solo punto de aquella morada espléndida: *la serre*. Veo un coro de mujeres elegantes y gentiles, una masa de plantas y flores, una mancha blanca y negra de pecheras y fracs: esto como fondo abocetado; figura allí no culminaba más que una: *la de ella*.

Venía del brazo del ministro, y la masa de fracs y enjoyadas desnudeces se abrió á su paso: una estela de admiración reprimida, y un rastro de aromas exóticos, quedó flotando tras ella; dirigíase á *la serre*, y parecía que de donde se alejaba iba faltando la luz; era que su cara *alumbraba*; no sé expresar mejor el efecto que aquel esplendor viviente causaba en todos los ojos.

¿Era hermosa? Casi no pude observarlo: me parecía profanación analizar aquella faz arcángelica que refulgía como el semblante de brasa de la aurora... Hay en estas primeras impresiones algo que no entra por los ojos... Advierto que aún hoy, cuando hablo de ella, digo cursilerías y memeces románticas de poeta. Ello es que aquella mujer *alumbraba*: por las líneas flexuosas de su cuerpo cabrilleaba una luz de prestigio: vestía una centelleante túnica *paillaitée*, es decir, cubierta de lentejuelas verdiazules; parecía un relámpago negro, cuyo fúlgido zigzaguo fascinaba; su cuerpo tenía flexibilidades de serpiente y curvas ondulaciones de agua, de un agua rieladora, negriazul, fosforescente, como de canal veneciano ó de muerta laguna embrujada y fatídica; y sobre aquella noche eléctrica y relampagueante amanecía el albor de su cuello y la

aurora luminosa de su cara, el fuego viviente de sus labios y el oro fluido de sus cabellos, que la nimbaban de sol.

Yo, advenedizo, extranjero en sociedad, andaba atortolado, agarrotado, cohibido, como si el suelo fuera á faltar bajo mis pies: me sentía inferior á todos aquellos trasnochadores y mundanos candidatos infalibles á la neurosis, que en mi consulta hubieran sido mis siervos y allí parecían mis tiranos. El amigo Aldama habíame presentado como «el gran neurópata de fama mundial» —con esta palabra—, y el ministro y todo el coro americano, en tonos cantantes y mimosos, habían llovido sobre mí chaparrones de hipérboles tropicales; pero, á mis ojos, ni mi condición de sabio me absolvía de mi inexperiencia y desmaña social: me sentía como *zurdo de todo el cuerpo*, cegato, sordo, torpe, ¡en ridículo! Parecíame yo entre aquellas gentes, lo que mi mujer me parecía á mí mismo, y hubiese dado toda mi ciencia y mi prestigio mundial por ser uno de aquellos perfectos maniqués sociales tan sueltos y dueños de sí mismos.

Parecíame advertir entre los grupos—aun en personas que me conocían sobradamente—esa distracción voluntaria, y aun subrayada con impertinente insolencia, con que dicen los de la *Haute* á los advenedizos: «*Aquí* no te conocemos, *aquí* eres un intruso; fuera te utilizaremos según nos convenga; *aquí* te cobramos caras todas tus superioridades; *aquí* imperamos nosotros y *te ignoramos.*»

Una oleada quemante subió á mi cara; atavisamos plebeyos, instintos animales rugieron á lo hondo de mi ser; sentí ímpetus bravíos de abofetear jetas barbudas, y rasgar encajes y holandas, y azotar carnes rozagantes, y escupir crudos insultos de plazuela. Contúveme á tiempo; sentíme injusto al querer vengar en ellos mi inferioridad mundana, como ellos vengaban en mí todas sus inferioridades; quise irme, corrí hacia la puerta... Mi orgullo de sabio debió imprimirme gesto arrogante; volví á poseerme: en aquel momento pasaba *ella*.

La fúlgida mirada azul, el resplandor que irradiaba su persona, el perfume que le revolaba en torno me envolvieron; su larga cola centelleante y frufrutante culebreó á mis pies; desconcertado, patiné inhábilmente, enredándome más y más en la onda fulmínea y vaporosa... Tirón nervioso de la dama, rasgadura de tules y gasas etéreas, fruncimiento del rubio ceño y de la fresca boca, saludo correctísimo y desconcertante, y retirada altiva y mayestática de la mujer luminosa.

Mudo, sordo, ciego, como hipnotizado ó cataleptico, quedéme clavado en la alfombra, mirando el espacio que dejó vacío, muerto y oscuro su luminoso cuerpo de diosa. Un cataclismo formidable y un misterio augusto se operaban en mí; era como el fragoroso desquiciarse y desplomarse de un mundo, y era, á la vez, el estupor solemnemente religioso de un amanecer genesíaco; era el alzarse de un sol ignoto en un cielo nunca visto; era el despertar á otra vida

toda nueva; era algo más milagroso que el nacer, más imponente que el morir...

Aldamita—para quien sólo existen los hechos, salpicaduras de la resaca interior—, asiéndome fuertemente el brazo como para despertarme, volvíome á la visión de aquella película cinematográfica, hizome actuar como una de tantas figurillas, saludé, me incliné centenares de veces, dije las simplezas de ritual, recogí paletó y chistera, salí con todos, y ya en la calle, cuando el frío acabó de despabilarme, chillóme Aldama con su nasal vocecilla:

—¡Caramba, maestro, los sabios sois comprometedores; á lo mejor os marcháis de la realidad, y hasta os olvidáis de las conveniencias sociales; sois los extáticos de la ciencia!

—¡Idos al demonio tú y tu ciencia! ¡Valiente cosa me importa á mí la condenada ciencia, á la que sacrifiqué mi vida para amanecer ahora, bordeando los cuarenta, cara á la vejez y sin haber probado la juventud!

—¡Adiós, doctor Fausto!—rió Aldama.

La cita, por su demasiado alcance, hirióme como chispazo eléctrico; solté el brazo de Aldama y le despedí con los peores modos del mundo. El mediquín no sospechaba que nadie nos irrita tanto como el oficioso que se adelanta á revelarnos nuestro enigma interior, quebrando groseramente el ánfora mística que guarda la esencia de las sensaciones ignotas. Irritábame el entrometido impertinente y me irritaba mi injusta furia contra él. Irritábame la versatilidad mareante y la

fatuidad agresiva de aquel medio social que yo sentía tan hostil y tan cerrado ante mí; irritábame más que nada mi inadaptación, mi torpeza social; el risible papel que hice ante todos, y singularmente ante ella, patinando y enredándome estúpidamente como un paletó en la oleada vaporosa de su traje. ¡Nada, que hice el ridículo! ¡Que perdí toda la dignidad de la actitud y del gesto! ¡Humillación de humillaciones! ¡Mi orgullo olímpico, mi inviolabilidad de sabio, mi divinidad de semidiós quedaron por los suelos! ¡Había un mundo y unas gentes ante las cuales un sabio podía ser el más ridículo de los hombres! ¡Imbéciles! ¡Qué me importaban tales marionetas!

Pero... fuera de la ciencia había un no sospechado mundo de idealidad y de belleza; un mundo de delicias no paladeadas, de voluptuosidades, de ensueños y de éxtasis no gustados, que se me revelaba apoteósico, fascinador, entre marejadas de luz y de perfumes que derramaban por mis venas el delirio y la locura. ¿Qué eran la ciencia y sus sorpresas, portentos y ambiciones, comparados á aquel pleno y alto vivir que completaba mi ser? ¿Cómo y por qué aquella existencia de ocio y de placer, que me fué siempre tan odiosa, revelábaseme ahora como la única digna de ser vivida?

Pero... aquel existir de dioses, ¿era acaso para mí, sabio imbécil, desterrado del paraíso de las voluptuosidades, ayuno del maná celeste del amor? ¡No, no mil veces; yo era un desheredado,